

CAMUS PRIMERO Y ULTIMO

UN libro juvenil, escrito a los 22 años, olvidado una vez que Bodas consoñó su estilo, recuperado por la excesiva luz del premio Nobel, eso es *El revés y el derecho*. (1) cuya reedición autorizó Camus con un largo prólogo biográfico.

Un curioso libro al que ahora presta interés la fama que su autor obtuvo con otros libros, que no disimula sus debilidades, pero en el cual encontramos algo que justifica estas palabras de Camus: "Sí, a pesar de tantos esfuerzos por construir un lenguaje y hacer vivir mitos, no consigo algún día reescribir *El revés y el derecho*, nunca habré llegado a nada". Porque si en ese libro no encontramos una expresión literaria cabal, traduce en cambio un estado espiritual —espontáneo, confuso; ardiente— que sitúa a su autor, y al mundo en que ha de moverse su obra mayor. Tiene la singular virtud de los primeros libros de los escritores de talento; ponernos en presencia directa de sus vivencias esenciales, aún no domesticadas por la literatura, padecidas en un alto grado de inconformismo dramático, y mostrarnos la difícil acomodación hombre-mundo.

El revés y el derecho son los del mundo, y el librito testimonia el modo original en que un escritor —un alma templada— lo descubre hondamente, rompiendo con la visión más estereotipada que ya había sido establecida por sus contemporáneos o por otras escuelas literarias. Incluso en las formas hay aquí un rompimiento: no se puede hablar de cuentos, sino más bien de "contemplaciones", y si la implícita alusión a Rimbaud que hay en la palabra no fuera demasiado agobiante, se podría hablar de "iluminaciones". Porque, en efecto, las cinco prosas que lo integran son otros tantos hitos de un proceso de resquebrajamiento de la apariencia del mundo con súbitas y dolorosas intuiciones acerca de su secreto funcionamiento, las que se resuelven en una última visión ardorosa de un mundo dicotómico que se quiere abrazar en su totalidad.

Hay un camino primero para llegar a estas experiencias: el de la ajenidad. Hay que comenzar por romper la cáscara gastada de la apariencia cotidiana y ser un "extranjero" en el mundo: es el que vive en ciudades desconocidas (en Praga, en Italia, en Palma) haciendo la experiencia dura del viaje "que quiebra en nosotros una especie de decorado interior" porque "ya no es posible hacer trampas, enmascararse detrás de las horas de oficina y de taller"; o es la anciana que, como la familia la ha olvidado, se sabe de sobra en el mundo; o es el emigrante que vuelve para encontrarse desprendido de su vida anterior; o es, por último, el alma enamorada de la muerte, porque "al sentirnos el alma enferma, damos a cada ser, a cada objeto, su valor de milagro", y en estas palabras discernimos un eco de la meditación existencial de Unamuno.

Al cabo de este camino, Camus descubre la doble y poderosa atracción: la de la vida y la de la muerte. En un cafetín de Palma, descubre "la imagen innoble y exaltadora de la vida", en una muchacha de 21 años que es una montaña de carne puesta a bailar "como una diosa inmunda saliendo de las aguas". ¿Cómo no percibir en sus palabras la mezcla de horror y de deseo que la contemplación de lo vital produce en un ser enfermo? ¿Cómo no entender que llegue a sospechar de que "no hay ansia de vivir sin desesperación de vivir"? Recorriendo las tierras del Mediterráneo ardidas por el sol, le suena de ley esa palabra española: "nada", y en una visión casi bárbara no siente que el mundo está hecho a la medida del hombre sino que el mundo se cierne sobre el hombre.

En la mujer que empieza su herencia



en adquirir una tumba de la que se enamora, halla ese otro poderoso instinto, el de la muerte, que es el legítimo y necesario reverso del mundo. Ve que esas fuerzas se entrelazan, se articulan como las partes de un sólo árbol, y no son las sencillas antítesis que muchos antes que él manejan. Ese es el absurdo del mundo, porque aquí no se trata del bien y del mal, de lo positivo y lo negativo, sino de una compleja imbricación de energías y apetencias de la cual resulta esto que llamamos mundo.

Ante él se puede adoptar una actitud intelectual y lógica: separar, amputar, seleccionar y tomar una sola parte. Pero no es esa la que asume Camus, quien intentará abarcarlo todo participando amorosamente de ese absurdo: "Entre este derecho y este revés del mundo, no quiero elegir, no me gusta que se elija". Porque lo que intenta es ser, desde el comienzo, totalmente sincero y auténtico, "¿y cuándo, pues, soy más verdadero que cuando soy el mundo?". De este modo podemos poner un signo de igual entre estas dos proposiciones: "desentrañar la verdad" y "ser el mundo", y el esfuerzo para alcanzar la vigencia plena de esa igualdad es lo que marca el afán creador de Camus desde esta obra en adelante.

Pero aún hay otro término de este proceso, aquél mediante el cual el adentramiento en ese mundo total es un adentramiento en sí mismo. Curiosa ambigüedad que también ha de orientar la creación espiritual de Camus y que podría explicar la rápida ambivalencia de muchas de sus ideas: "Y si procuro comprender y saborear ese delicado sabor que revela el secreto del mundo, es a mí mismo a quien encuentro en el fondo del universo. Yo mismo, es decir, esta emoción que me libera de toda decoración". Quizás sospeche Camus que lo que encuentra en sí mismo es una esencialidad de lo humano, y eso explicaría esta admirable y sorprendente frase: "Yo también me paseo, pero el que me acaricia es un dios".

Cuando veintitantos años después Camus relea su libro, hace esa comprobación que no por repetida es menos pasmosa: la fidelidad a un sentimiento interior que nos rige desde muy atrás, y que él expresa en la imagen de la fuente única que sigue alimentando una vida a través de los años. "La fuente mía está en *El revés y el derecho*, en ese mundo de pobreza y luz en el que viví largo tiempo o cuyo recuerdo me protege aún de los dos peligros contrarios que amenazan a todo artista: el resentimiento y la satisfacción". Es verdad. Al terminar la lectura de este brevísimo libro lo que se siente súbitamente es que aquí hay un escritor de verdad, en esta coherente e intensa visión de lo real, en este estremecimiento deslumbrado con que un joven está viviendo y tratando de entender al mundo por primera vez, padeciéndolo y abriéndose paso dentro de él. Y el resto, en el que pueden incluirse obras mucho más perfectas, sigue siendo "literatura".

Angel Rama

Reinicia sus clases de
piano

NUMEN VILARIÑO

Arenal Grande 2234, Ap. 7

(1) Albert Camus: *El revés y el derecho y Discurso de Suecia*. Buenos Aires. Editorial Losada. 1958. 120 ps.